

El amante
de mi madre
URS WIDMER

Siruela



EL AMANTE DE MI MADRE

Urs Widmer



Ediciones Siruela

Este libro ha recibido una ayuda
a la traducción de Pro Helvetia

Título original: *Der Geliebte der Mutter*
En cubierta: Detalle de *Autorretrato*
© Foto de Ralph Gibson, Nueva York 1995
Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela
© Diogenes Verlag AG, Zurich 2000
© De la traducción, Carlos Fortea
© Ediciones Siruela, S. A, 2001
Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón»
28028 Madrid. Tels.: 91 355 57 20 / 91 355 22 02
Fax: 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
Printed and made in Spain

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

Para Nora

Hoy ha muerto el amante de mi madre. Era más viejo que Matusalén, y estuvo sano como una manzana hasta el momento mismo de su muerte. Se desplomó mientras, inclinado sobre un atril, pasaba una página de la partitura de la *Sinfonía en Sol menor* de Mozart. Cuando lo encontraron tenía un trozo de pentagrama en la mano muerta: el toque de trampa con el que comienza el movimiento lento. En una ocasión le había dicho a mi madre que la *Sinfonía en Sol menor era* la más hermosa obra musical que jamás había sido compuesta. — Leía desde siempre partituras, igual que otros leen libros. Todo lo que caía en sus manos, tanto cosas arcaicas como superficiales. Pero, sobre todo, prestaba atención a lo nuevo. Sólo en su ancianidad, alrededor de los noventa años, sintió la necesidad de volver a experimentar lo familiar, diferente ahora, a la luz del declinante sol de la vida. Ahora volvía a leer el *Don Giovanni*, que siendo adolescente había devorado con ojos ardientes, y *La Creación*. — Había sido músico, director de orquesta. Tres días antes de su muerte había dirigido su último concierto en la Stadthalle. György Ligeti, Bartók, Conrad Beck. — Mi madre le amó durante toda su vida. Sin ser observada por él, sin ser observada por nadie. Nadie supo de su pasión, jamás dijo una sola palabra al respecto. «¡Edwin!», susurraba en todo caso junto al lago, sola, con su hijo de la mano. Rodeada de patos que graznaban, en la sombra, miraba la orilla de enfrente, iluminada por el sol. «Edwin.» El director se llamaba Edwin.

Era un buen director. Y era, cuando murió, el ciudadano más rico del país. Poseía la más valiosa colección de partituras que existía; la hoja que rompió en el momento de su muerte era la original. Le pertenecía la mayoría de las acciones de un conglomerado de empresas que fabricaba y sigue fabricando — principalmente— máquinas. Locomotoras, barcos, pero también telares y turbinas y desde hace muy poco incluso instrumentos de precisión para cirugía con láser. Articulaciones artificiales, y también esas minicámaras que se pueden dirigir por los vasos sanguíneos hasta el corazón y envían a una pantalla en el exterior todo lo que encuentran en su viaje. La sede principal de la empresa estaba y está en aquella orilla menor del lago que siempre está en sombras, mientras que Edwin vivía en la parte soleada, al otro lado del lago, en una

propiedad de treinta o incluso cincuenta habitaciones, con yeguas, con jaurías de perros, con casas de huéspedes y de criados, en un parque en el que crecían pinos chinos y secuoyas, troncos hasta el cielo a cuya sombra paseaba memorizando el siguiente concierto. Royal Albert Hall, por ejemplo, o Glyndebourne. Exigía fuertes honorarios por sus conciertos, pero no por el dinero, por más dinero aún, sino porque se medía con Bruno Walter y Otto Klemperer. Quería unos honorarios igual de altos, y los conseguía.

Antaño, de joven, había sido pobre como una rata. Vivía en un cuarto amueblado en el barrio industrial, rabioso de ambición y de dotes todavía no despiertas. Caminaba de arriba abajo por su cuarto como fiera enjaulada, con relámpagos en la cabeza, chocando contra sillas y palanganas sin darse cuenta, persiguiendo en su cráneo una salvaje música que no se dejaba atrapar. A veces se rociaba con agua helada. Llevaba papel pautado en todos los bolsillos, y durante sus paseos, similares a marchas forzadas, escribía retazos de melodías, aunque apenas sabía escribir las notas. Su forma de tocar el piano aún era peor. Pero vivía en la música, para la música. A los conciertos de abono de entonces —de precios temibles, ya en aquellos tiempos— iba en los descansos, cuando ya no había controles en las puertas y los melómanos más cansados se habían ido a casa. Entonces se sentaba en sus asientos, sosteniendo las miradas asesinas de sus vecinos. De este modo escuchaba al menos todas las segundas partes de los conciertos, que de todas formas siempre eran de Brahms, Beethoven, Bruckner. Como no tenía el bachillerato, las puertas del conservatorio estaban cerradas para él. Así que se hizo instruir de manera privada por un compositor local que, cuando Edwin le expuso su situación de indigencia, renunció a cualesquiera honorarios. De todas formas trabajaba de forma irregular —bebía, si hay que decir la verdad— y era un adepto radical de Richard Wagner y Richard Strauss. De todos los Richard en realidad, incluso quería a François Richard más de lo que merecía. Cantaba su *Ruisseau qui cours après toy-mesme* en casi todas las clases, acompañándose a sí mismo al piano con enérgicas octavas, aunque el original exige una delicada voz de laúd. — Después, mucho después, Edwin había tenido ocasión de comprar uno en una subasta, por una minucia. Primero pujó titubeando, luego se lo dejó a un grueso caballero que sudaba abundantemente y representaba a la J. Paul Getty Foundation for Ancient Music. — Recreó la obra de Gesualdo, tembló con las maravillas de Mozart, soportó las prolongaciones de Schubert, y pronto escribió una primera obra propia, una sinfonía en dos movimientos que el compositor local leyó meneando la cabeza. Cuando el primer fuego de la composición se hubo apagado, aprendió a tocar el piano (el compositor local era muy perito en esto). Pero no podía ensayar —cómo iba a hacerlo, si no tenía piano—, o sólo podía hacerlo cuando el compositor se había emborrachado y dormía en la habitación